

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 118.—1.º de Febrero de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Un Malagueño. El sol de su privilegiada tierra no nos parece mas hermoso que su moneda de 160 rs. Si en aquel brilla la luz, en esta la caridad, que es purísimo amor, y sin la que el mundo moral sería tambien tinieblas y hielo. Con su limosna se *iluminaron* de alegría los rostros de los que la han distribuido, y los de aquellos cuya necesidad ha remediado. Bendito el que vuelve á su tierra despues de haber pasado por otras *haciendo bien*.

¡ PRISION PREVENTIVA !

No es la primera vez ni la segunda que manifestamos nuestra opinion, reprobando la facilidad con que se *lleva á la carcel* á cualquier acusado del mas leve delito, y aun á veces de una simple falta. Lo que á nuestro entender sería perjudicialísimo é injusto, cualquiera que fuese el estado de las cárceles, cuando estas son lo que son en España, merece todavía calificacion mas fuerte.

En las cárceles, los que han cometido un delito leve, los que tal vez son inocentes, están confundidos con los grandes criminales, y la falta de orden y disciplina, y la ociosidad, ponen á los maestros del crimen en condiciones favorables para formar escuela, y la forman. Las escenas del *Saladero*, con asombro se sabrán en épocas menos desdichadas que la nuestra, para la cual son un verdadero padron de infamia. Los presos juegan; beben largamente; tienen armas que vuelven unos contra otros, ó contra la guardia; se estafan mutuamente, y á los vecinos honrados; reunen los medios necesarios para falsificar billetes de banco; se amotinan, se escapan, etc.

En ese foco de corrupcion y de crimen, se arroja á hombres que han cometido un delito leve, ó que no han cometido ninguno. Cuando la justicia humana les dice: *Me he equivocado, sois inocentes*, ellos pueden contestar: *¡Lo éramos! Ahora somos ya culpables, si no ante la ley, ante Dios y la conciencia, cuyo grito hemos aprendido á sofocar. Hemos aprendido cómo se roba, cómo se asesina, y cómo se vive sin remordimientos del crimen y sin vergüenza de la infamia. Antes de entrar en la cárcel, un criminal nos causaba horror, nos parecia una especie de mónstruo; le imaginábamos triste y abatido: aqui nos hemos familiarizado con él, y visto que tiene el rostro alegre y lleva la cabeza alta, estando su prestigio en razon directa de su perversidad.*

Estas y otras muchas cosas mas duras puede decir el preso declarado inocente y puesto en libertad.

Cuando se encausa á un hombre se investiga si ha estado preso otra vez, y en caso afirmativo, esta circunstancia es muy desfavorable para él. Comprendemos la justicia de esta prevencion si las cárceles fueran lo que debian ser, pero siendo lo que son en España, el que en ellas pasa algunos meses, en el delito que comete despues, ¿qué parte le es imputable, y cuál debe recaer sobre la sociedad, que ha puesto su alma en un foco de infeccion tal, que era casi imposible que no se contaminase?

Y no solamente las lecciones y ejemplos de los compañeros de reclusion depravan al preso; pocas cosas desmoralizan mas que la injusticia hecha en nombre de la autoridad y de la ley; y la mala alimentacion, la desnudez, la falta de cama, todas las privaciones y mortificaciones materiales con que se *pena* á los presos que no son todavía *penados*, que no lo serán tal vez, han de contribuir poderosamente á depravarlos, y á engendrar odio contra la sociedad que así los trata, creyéndose relevados de toda consideracion para con ella.

Aunque la situacion *material* de los penados en los presidios deja mucho que desear, es envidiable comparada con los *acusados*, sobre todo en algunas cárceles. Vamos á citar un hecho como habrá otros mil, sucedido, no en un pueblo insignificante de algun ignorado rincon de la Península, sino en una ciudad que está á las puertas de Madrid, la de Alcalá de Henares. En su cárcel, donde hay un gran número de presos y presas, ni unos ni otros tienen cama: esto es lo que en general sucede. Pero en otras poblaciones hay enfermería ú hospital donde pueden llevarse los presos enfermos: en Alcalá la cárcel carece de enfermería, en su pequeñísimo hospital no se admiten presos, y cuando estos enferman, si son pobres, como suelen serlo, pasan la enfermedad teniendo por cama el suelo y por abrigo sus ha-

rapos. No hace muchos dias, y en uno de los mas frios de este invierno, fue llamado un Sacerdote para que administrase el Viático á una presa que estaba gravemente enferma. La encontró *acostada en el suelo sobre un poco de estera, y cubierta con su ropa de vestir.*

No comentamos el hecho; nuestros lectores tienen corazon, y saben comentar los de esta clase. LA VOZ DE LA CARIDAD ha enviado inmediatamente una cama á la enferma presa en Alcalá. Quiera Dios que al poner su dolorido cuerpo sobre una cama, haya recibido su alma consuelo, viendo que alguno se compadecia de ella; quiera Dios que se haya dulcificado un poco la amargura que debia haber en aquella criatura, tratada con tal dureza; quiera Dios que esta prueba de amor la haya dispuesto á perdonar antes de morir á una sociedad que ha provocado su odio.

Pero LA VOZ DE LA CARIDAD, que puede enviar una, dos ó seis camas á los presos enfermos, no puede proporcionársela á todos los que no la tienen. La cuestion no es de pedir limosna, sino justicia. Las mujeres *penadas* tienen todas cama; las acusadas, que pueden muy bien estar inocentes, no la tienen, ni aun enfermas.

Pedimos enfermerías para las cárceles, ó sala de presos en los hospitales, porque mientras haya una dependencia del Estado en que un enfermo sufra y muera sobre el duro y frio suelo, no tenemos derecho á decir que somos un pueblo civilizado y cristiano.

Concepcion Arenal.

LA GOTA DE AGUA.

Cuando Dios dispuso la obra sublime de la creacion, dió diferente naturaleza y vida distinta á las criaturas con que pobló el mundo. Sin duda convenia así á los inescrutables designios de su omnipotencia y á la espléndida belleza de su obra.

Al hombre, que fué la mas perfecta, *hecho á su semejanza*, como dice el Génesis, le dió una alma espiritual, imperecedera, inteligente, sensible, soberana de la materia, pero subordinada siempre á su Criador.

A los animales les dió instintos, que en ciertas especies están muy desarrollados y revelan cierta inteligencia en sus actos.

A las plantas las dotó de una organizacion interior, que forma verdadera vida progresiva, desde la simiente que se fecunda en el interior de la tierra, hasta la flor y el fruto que brotan cuando llega el tallo á todo su desarrollo.

A la materia inerte, en los infinitos aspectos y variedades con que se nos presenta, le concedió cualidades especiales que, aun cuando esté inanimada, la hace llenar sin embargo los diversos fines para que fue creada: tierra, sirve para alimentar todo el inmenso reino vegetal; agua, entra como elemento indispensable en todo organismo animado; vapor, forma la atmósfera; piedra, cumple dócil los diversos servicios á que el hombre la destina.

Esto es lo que vemos con los ojos de la esperiencia. Pero ¿no habrá todavía algo mas que no conozcamos? ¿Seremos tan presuntuosos que creamos haber llegado á comprender todo lo que se encierra en el instinto del animal, en la movilidad de las aguas y en la inmovilidad de las rocas? ¿Seremos tan materialistas que neguemos toda realidad posible á lo que no se presenta clara y patente ante nuestros ojos?

No: por mucho que el ingenio humano se perfeccione y progresa en el conocimiento científico de cuanto nos rodea, no hay ciencia ni progreso que pueda traspasar el límite que la mano de Dios ha puesto á las atrevidas investigaciones del hombre. Por todas partes vemos misterios en lo que nos rodea, que anuncian otros mayores en lo que está lejano. El objeto y destino de los astros es, por ejemplo, un misterio, sujeto solo á las conjeturas que se forman del mundo sideral: nuestra propia vida, con ser lo mas encarnado en nosotros y lo mas estudiado, es, sin embargo, en su esencia otro misterio profundo é impenetrable.

Si, pues, ignoramos mucho, no parecerá absurda osadía lanzar la imaginacion á idealizar algo de lo que nos rodea, revistiéndolo de cualidades que quizás no existan, pero que no serían imposibles para la Omnipotencia divina y creadora.

Ese monótono canto de las aves, es quizás un lenguaje que ellas, pobres animales, entienden, y que nosotros, presuntuosos sábios, ignoramos; los murmullos del céfiro y los bramidos del huracan dicen algo, cuya sublimidad desconocemos; el perfume de las flores encierra quizás misterios superiores al de la simple impresion material que nos produce, y si bien adivinamos que estos y otros movimientos de la naturaleza son una especie de himno universal, con el cual las cosas creadas dan gracias á su Criador y llenan el objeto á que los destinó, la naturaleza de ese himno nos es desconocida; percibimos solo vagamente su sublime armonía sin comprenderla..... ¡Cuán limitada es nuestra inteligencia!

En los objetos que parecen materia mas trivial é insignificante, hay quizás vida oculta que no percibimos, movimientos y transformaciones sucesivas que duran ya muchos siglos, y que revelan en la

creacion oculta una sublimidad superior quizá á la creacion que se ofrece á nuestros ojos.

¿Hay nada mas vulgar ni, al parecer, mas insignificante que una gota de agua? Y sin embargo, ¡qué enseñanzas nos daría si pudiera dejarnos penetrar toda su naturaleza, toda su peregrinacion y transformaciones, todos los destinos que ha tenido y los objetos que ha cumplido, desde que en el principio del mundo la crió Dios para formar parte de un pobre manantial escondido en la tierra, ó de la masa insondable de las aguas del mar!

La vida de esa gota de agua es un prodigio: no perece, no se estingue; se transforma. Elemento poderoso y el mas indispensable de todo organismo animado, puede existir sola, pero casi nada de lo que forma el mundo físico puede existir sin ella.

Quizás fué parte del diluvio que inundó la tierra hace muchos siglos: pasaría luego, filtrando las capas permeables del suelo, á formar un manantial, que brotó despues y llegó á ser arroyo, rio y mar; que presenció los desastres de la tierra y las catástrofes del Océano; que formó parte de esa inmensa region submarina que se oculta en la profundidad de las aguas, y salió luego á la tierra habitada, y tomó parte en la vida de los séres que la pueblan, y subió mas tarde en forma de masa gaseosa á las nubes, para volver á caer convertida en lluvia, y empezar de nuevo esa peregrinacion transformada, que dura ya muchos siglos y quizás durará muchos mas..... Gota de agua ¡qué grande me pareces en tu esencia, siendo tan pequeña en tu forma!

Mientras escribo esto, empieza á caer menuda lluvia: una gota se desliza por los cristales de mi balcon. Detente, gota de agua: dime tu procedencia; sepa yo tu origen: quizás llegas aquí desde los confines del mundo; quiero investigar tu historia.

Tal vez, despues de varias vicisitudes, estuviste miles de años en reposo, formando, congelada, parte de las montañas de hielo que rodean el polo ártico: quizás componias la masa de ese hielo en que pereció el valeroso Franklin, y visto los trabajos y aventuras atrevidas de Parry, Hudson, Melville, Scoresby, y otros famosos descubridores de los mares polares: sobre ti se habrán mecido las piraguas esquimales en el estrecho de Smith, las barcas groenlandesas en el mar de Baffin, y los modernos buques de vapor en el Atlántico: llevada por sus corrientes, habrás llegado á las playas europeas, y en blanda ola rizada habrás besado las arenas andaluzas: desde allí la atmósfera, sedienta de humedad, te habrá absorbido á la region de las nubes, y ahora caes en los cristales de mi gabinete. Gota de agua polar, llegada aquí en larga peregrinacion, ¡cuánto me dices y cuán-

to me revelas!..... Tú sola bastarías para probar que hay un Dios omnipotente, si no lo proclamase á gritos de irresistible elocuencia todo cuanto existe en el universo.

Pero si de este punto de vista, puramente físico, pasamos á considerar la gota de agua como un reflejo de nuestra vida moral, ya no es un simple conjunto de moléculas movedizas: puede representar algo mas; puede ser la manifestacion mas hermosa de las mas hermosas emociones de nuestro corazon; puede convertirse en lágrima. ¿Sabeis lo que las lágrimas significan?

Hay un estado de nuestro espíritu, triste ó alegre, pero que nos impresiona profundamente, en que el alma necesita expansion y no la encuentra: el lenguaje de las palabras es insuficiente, el de los ojos puede decir algo mas que ellas, y para decirlo mejor y de un modo mas espresivo, arroja por los párpados gotas, que son como perlas del sentimiento, porque nacen al impulso de una exuberancia de sensibilidad mal reprimida. Eso son las lágrimas.

Sufre el alma un dolor grande, una pena devoradora que nos corroe y nos consume: las lágrimas son su único desahogo; quizás su único consuelo..... ¡Infeliz del infeliz que sufre y no puede llorar!

Nos embarga, por el contrario, un gozo extraordinario, de esos pocos que Dios nos concede en esta vida, tal vez para hacernos vislumbrar un ligero destello de las delicias de otra futura; pues bien, tampoco las palabras son lenguaje espresivo para las grandes alegrías; tambien las lágrimas las reemplazan como desahogos de la felicidad.

Y en los grandes afectos de la vida, en toda la existencia moral del corazon humano, cuando este se halla verdaderamente impresionado, la boca calla porque su elocuencia es pobre; las lágrimas salen espontáneamente á revelar una profunda emocion de ternura que no cabe ya en el interior del alma.

Finalmente, entre todas esas expansiones que producen la gota-lágrima, hay una igual ó superior á las mas superiores que pueden sentirse, que está al nivel de aquella sublime y pura emocion de la mujer en las dos épocas mas notables de su vida, la primera vez que ama y la primera vez que es madre. Tal es la del enterneamiento del bienhechor al socorrer á un desdichado, la cual se cruza con la que produce la gratitud del socorrido. La caridad las hace brotar á un mismo tiempo. ¡Bendita y santa caridad, que tales emociones produce y tales gotas-lágrimas arranca!

Gota de agua, tan limitada y sencilla como pareces, yo admiro en ti al Criador, tanto como puedo admirarle en las espléndidas

manifestaciones de su omnipotencia. Si físicamente eres un prodigio digno de fijar la atención de todos, permita Dios que en un sentido moral la sienta escaparse de mis párpados al aspecto de toda buena acción, y te vea igualmente sobre la mejilla de las personas queridas, como aureola de sus puros sentimientos y de la bondad de su alma.

Sevilla 17 de enero de 1875.

Antonio Guerola.

CUADROS DE LA GUERRA.

VI.

Es el día 4 de julio de 1874. No han dado las diez de la mañana y el calor es ya sofocante, al cual se añade una nube de polvo, en el camino que va de la ciudad de *N.* al pueblo de *H.* Quien por allí pasa por primera vez, se encuentra desagradablemente sorprendido al sentir en aquella latitud tanto calor como en las llanuras de la Mancha ó de Castilla la Nueva: la topografía de la comarca, una especie de desierto de muchas leguas, sin agua ni vegetación que esté cerca, explica aquella elevada temperatura.

Por la carretera apenas hay más transeúntes que militares que van y vienen, y multitud de carros con provisiones, escoltados por fuerza armada.

Entre el polvo hay muchas ramas desgajadas de los árboles que están orilla del camino. La primera idea que ocurre al verlos despojados de gran parte de su follaje, es acusar á la desenfadada soldadesca que así los destroza; pero cuando se van encontrando soldados con equipo de invierno, morral, armas y municiones, cuando se los ve marchar en medio de aquella nube de polvo candente, y con una cosa negra sin ala cubierta la cabeza, se comprende que instantáneamente la rodeen de verde follaje, que lleven en la mano una rama para apartar un poco el polvo y poder respirar; las que son grandes ó pequeñas, ó sobran, quedan en el camino: de muchos males se acusa á los soldados en vez de acusar á la guerra.

Por entre los carros y sorteándolos, corre una diligencia: no es muy propio decir que *corre*, porque se para muy á menudo. En aquella dirección hay una vía férrea, que la ruptura de un puente y la guerra combinadas dejan sin circulación: se han improvisado medios de suplirla saliendo vehículos arrinconados, de cuyo número es la diligencia mencionada. Con la sequía y el calor crujen sus ma-

deras mal ajustadas; una rueda se caldea en términos, que hay que *refrescarla* á cada paso. Este *refresco* consta de las partes siguientes: desenganchar el tiro, apearse los viajeros, suspender el coche, sacar la rueda y echar agua al cubo y al eje hasta que se enfrien, y el correspondiente coro de blasfemias y obscenidades que acompañan á estas operaciones. Durante ellas, los viajeros se agrupan á la sombra mas próxima; maldicen de todo, menos de los verdaderos causantes de aquella vejacion; comentan la última sangrienta batalla, que por haberse dado hace muy pocos dias no se ha olvidado aún; hay sobre ella tantas opiniones como personas, que se ofrecen cortesmente la merienda, y se dicen quién son, de dónde vienen, á dónde van y á qué. Uno solo de los viajeros, ve y oye en silencio todo lo que pasa. Acabado el refresco de la rueda, monta con los otros, á la media legua los saluda y se apea; bajan de la vaca varios bultos y cajas de su pertenencia, y alguna de esas personas á quienes produce un verdadero mal estar el incógnito de aquellos con quienes viaja, le pregunta: «¿Es V. comisionista de comercio?—No señor,» responde el interpelado, acompañando estas palabras con una triste sonrisa, y agrupando sus efectos.

Está en una especie de plaza, de grande estension, de forma irregular; por dos lados, casas de mala apariencia y una iglesia; por otro la carretera; enfrente un gran edificio de piedra, sobre cuya puerta se lee: **HOSPITAL MILITAR**; en medio, y como plantados al acaso, árboles de poco ramage, á cuya escasa sombra se guarecen algunos soldados, arrimando los fusiles al tronco. Se ven parados gran número de carros vacíos, y otros van llegando; hay muchas voces, mucha confusion, y gefes y oficiales de Sanidad militar con botas de montar y los caballos embridados. El viajero sabe que hay allí heridos, comprende que van á sacarlos; su rostro se altera; pasan por su frente sentimientos de piedad y nubes de indignacion, y parece espresar alternativamente la súplica y la amenaza. Adelántase resueltamente como para hablar al gefe; á los pocos pasos se detiene, mueve tristemente la cabeza, hace un gesto que significa *¿qué necesidad voy á hacer yo?* vuelve atrás, y se sienta en una piedra, á su parecer menos dura que el corazon de los que van á evacuar un hospital á tal hora y en tal forma. Con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza en las manos, y mirando al suelo sin ver lo que hay en él, habla así consigo mismo.

—¡Habiendo via férrea llevar los heridos en carros! Se dirá que no está corriente. ¿Cómo lo estuvo hace dos dias para llevar á los Generales? Lo que se hizo por los gefes sanos, ¿no podría hacerse por los soldados heridos? Dar el largo rodeo que se da por la car-

retera, estivados en carros de infernal movimiento y con esta temperatura tropical. ¿Tampoco podían sacarse mas temprano ó mas tarde? Es preciso que salgan de aquí á las once, para que aprovechen las horas en que el sol calienta mas. ¡Cuánto van á sufrir al atravesar ese desierto, sin una gota de agua que llevar á sus abrasados labios, y cuánto les perjudicará este horrible viaje! Diráse que no se evacuan los graves; á los siete dias, no lo parecen todos los que lo son: cuántos morirán ó quedarán inútiles de los que van á salir, y qué buenos aliados son de la gangrena y de todo género de desgraciadas complicaciones, el calor, el malo y prolongado movimiento, la dureza y falta de amplitud del vehículo, y tanto subir y bajar. ¿No saben que los heridos deben moverse lo menos posible? Esto es elemental.

El viajero piensa estas cosas y otras: luego, como si quisiera apartar de sí las ideas que le mortifican con la vista de los objetos exteriores, levanta la cabeza, mira acá y allá, fijándose en una mujer pobre, pero decentemente vestida, sentada á la puerta del Hospital, y llevando con frecuencia á los ojos las puntas del pañuelo que cubre sus cabellos blancos. Como está muy triste, se siente atraído por aquella mujer que llora, se acerca á ella, y le dice:

—Buena anciana, ¿qué tiene V.?

—¿Qué quiere V. que tenga, señor?—responde, como admirada de que todos no adivinen su pena.

El viajero la comprende, y prosigue:

—¿Está aquí?

—¡Ojalá! ¡Desear una pobre madre ver herido al hijo de sus entrañas! Y lo deseo.

—Tal vez esté bueno. No habrá podido escribir.

—¡Bueno! No señor. Todos los soldados de su batería le han visto caer, y en aquella confusion nadie sabe si quedó muerto, herido y prisionero como tantos otros, ó ha venido á este hospital.

—¿Y no le permiten á V. entrar á ver si está?

—No me lo han permitido.

El viajero entra en el hospital; le sale al encuentro el portero; es un paisano, á quien además de un ojo le faltan todas las señales exteriores que impresionan favorablemente. Se entabla el siguiente diálogo.

—¿A dónde va V., caballero?

—A ver al Director del hospital.

—No se le puede ver.

—Es indispensable que le vea, pásele V. recado.

—No puedo.

—Es preciso.

—¿De parte de quién?

—De una persona que viene á regalar al hospital algunas de las muchas cosas que le faltan.

El portero se va, y no tarda en volver con la orden de que el viajero entre á ver al Director, que se escusa con él de recibirle en la escalera por donde sube y baja apresuradamente. Es una persona muy amable, y parece excelente: se queja de los apuros que pasa, de lo mal servido que está, de las muchas cosas que le faltan, interrumpiendo la relacion con órdenes que da á unos y á otros, y aplazando una conferencia mas larga para cuando hayan marchado los heridos que van á empezar á salir.

En cuanto á la pobre mujer que llora á la puerta, se comprende que no puede subir en aquel momento, porque aun en el caso poco probable de que se lo permitan, se espone á que mientras busca á su hijo en una sala, él salga sin que ella le vea. La infeliz se resigna á esperar, pero el viajero prevee lo que va á suceder si se queda allí. Van á pasar 200 heridos: cada uno que vea aparecer de lejos imaginará que es su hijo, y recibirá doscientas impresiones al contemplar su mísero estado, y doscientos terribles desengaños al saber que no está allí, y creyéndole muerto. Compadecido, se acerca á ella y le dice:

—Buena anciana, véngase V. conmigo á esta casita inmediata, aquí el calor es sofocante, y va V. á sufrir mucho inutilmente. Dígame V. el nombre de su hijo; yo aquí á la puerta le llamaré, á medida que vayan pasando los heridos, y cuando responda, correré á buscarla á V.

—Ay, no señor, no. Podria no oír que le llamaban; los artilleros suelen quedarse algo sordos; él me escribia que estaba tardo de oído; figúrese V. si estuviera aquí y yo no le viese. ¿A dónde iria á buscarle?

—Temo que le falte á V. fuerza.

—Dios me la dará. Él me la dió, porque yo no tenia tanta como he necesitado. Él me ampara, Él le premie á V., buen caballero, que tiene compasion de mí. Desde que salí de casa, hace cuatro dias, no he visto mas que personas estrañas; y luego, en estos pueblos en que hay guerra, no sé cómo se vuelve la gente: en el mio, cuando una mujer llora en la calle, se forma corro y le preguntan por qué; aquí pasan de largo: sin duda han visto llorar muchas y se han acostumbrado, pero es cosa terrible. Si viera V., señor, qué consuelo tan grande me dió nada mas que con decirme: *¿Qué tiene V., buena anciana?*

El diálogo se interrumpió con la vista del primer herido: el doloroso desfile había empezado. En lúgubre silencio empezaron á pasar jóvenes, alegres y apuestos hacia una semana, hoy desfigurados, débiles y afligidos. Iban con la cara ó la cabeza cubierta de paños ensangrentados, otros con el brazo pendiente de un pañuelo, ó cojeando, arrimados á un compañero ó á un palo, ó acuestas, ó en brazos. Ni una camilla, ni una sola se emplea para trasladar á aquellos infelices; y no podía verse sin indignacion y sin miedo de que se hicieran mucho daño, cómo los que tenían una pierna herida, con gran trabajo y esfuerzo bajaban la escalera saltando sobre la sana, á riesgo de caer, y cómo colgaban las dos enfermas de los que iban á cuestas ó en brazos. Al llegar á los carros, ¡qué de dificultades y de dolores para subir á los que no podían hacerlo por sí mismos! Cuando se hallaban estivados sobre la tabla dura, el bagajero preguntaba si estaba *cargado*, y con la respuesta afirmativa, arreaba las mulas y se dirigía á la carretera.

A todo esto, sin oírse un ¡ay! una protesta, ni una queja de tantas como podrían darse. ¿Sería que los perjudicados no tenían idea de que la traslación pudiera hacerse de un modo menos perjudicial para ellos, ó que el *soldado* herido se intimida en presencia del médico *gefe* con sus estrellas ó sus entorchados, y no se atreve á quejarse por no parecer insubordinado?

Fueron pasando, pasando: era tan penoso el verlos, que al viajero le pareció que debían ser, no doscientos, sino dos mil. Al principio sus ojos pasaban alternativamente de ellos á la afligida mujer, que esperaba como una fortuna ver á su hijo entre aquellos desgraciados; después no miraba más que á ella: su rostro, su ademán, sus estremecimientos continuos, eran como el reflejo y el resumen de todos aquellos dolores.

En brazos de dos camaradas apareció un artillero con las dos piernas heridas. Se oyó un ¡Hijo! imposible de repetir, y se vió á la madre abrazarle, y después caer de rodillas. Palabras no tenía; con lágrimas le hablaba besando su rostro, sus manos, y hasta aquellos paños empañados en su sangre. El soldado, profundamente conmovido, decía llorando: «Madre, no llore, el físico ha dicho que la bala no ha tocado al hueso, y que pronto estaré bueno.»

Había llegado el límite de las fuerzas de la pobre anciana, que tuvo una congoja y perdió el sentido. Auxiliáronla piadosamente; el viajero sacó de su equipaje alguna cosa con que confortarla y volverla á la vida, mientras su hijo, sin saber si estaba muerta, era llevado al carro, y pedía al bagajero que no arrease hasta ver si su madre recobraba el sentido y podía siquiera decirle adios.

Un bagajero no es un hombre que se conmueve facilmente. Tratado con dureza; vejado casi siempre aún mas de lo que exige la necesidad; perjudicado en sus intereses, arruinado tal vez, espuesto en ocasiones á peligros que no debiera correr, el bagajero es una desdichada víctima de la guerra, y no es raro que en ella se endurezca, que de sus iras participe, y que odie á los que forzosamente sirve. No obstante, el que llevaba al artillero herido, se compadeció de él. Tal vez se acordó de un hijo, que tenia la misma edad, ausente tambien de la casa paterna; tal vez pensó en su pobre mujer, afligida por tenerle lejos; ello es que dijo con voz que no parecia la suya: «No te aflijas, hombre, daré tiempo á que tu madre vuelva en sí;» y enredando de propósito los tirantes de las mulas, hizo como que los estaba arreglando cuando le dieron orden de andar, y se quedó el último.

Entre tanto la pobre anciana habia recobrado el sentido y volvia á donde estaba su hijo, con el firme propósito de seguirle. En vano le dijeron que apenas podia tenerse en pié, que la jornada era penosa, el camino sin un árbol, el calor sofocante. Despues de tanta dolorosa zozobra, de creer á su hijo muerto, cuando le encuentra vivo, habia de verle un momento nada mas, y dejarle ir, sin saber si le hacia daño el camino, ni si las heridas se agravaban? ¡Imposible! por mucho que sufriera con ir, habia de sufrir mas quedándose. El viajero comprendió que serian inútiles cuantas reflexiones se le hiciesen, y desapareció de allí. La pobre mujer le buscaba en vano con la vista, y preguntaba por él, afligida de marcharse sin darle las gracias, sin saber su nombre ni decirle cómo se llamaba.

Habia echado ya á andar con el carro que llevaba al querido de su corazon, estaba ya en la carretera, y volvia la vista con frecuencia, por ver si podia siquiera decir adios por señas á su desconocido bienhechor, cuando le vió salir de entre las casas corriendo, y á su lado un hombre con una borriquilla; era la cabalgadura que á subido precio habia podido conseguir para la débil mujer. Cuando esta lo comprendió, estuvo á punto de desmayarse otra vez de enternecimiento y gratitud. Al despedirse del viajero, por mas que este lo resistia, quiso besarle la mano, que quedó cubierta de lágrimas. Mirándolas se humedecieron los ojos del desconocido, su amargura se dulcificó, su alma, como crispada por tan diversas y dolorosas sensaciones, sintió una especie de bien estar.

¿En qué consistiria?

Era que, consolando, habia hallado consuelo.

Concepcion Arenal.

LA MONTAÑA DE LAS MISERIAS.

(Alegoría traducida del inglés.)

Hace honor á Sócrates haber pensado, que si todas las desgracias de los hombres se colocaran en un monton para ser distribuidas con igualdad entre todos, aquellos que se creen mas desdichados preferirian el lote que ahora poseen, antes que tomar el que les tocase en semejante distribucion.

Horacio ha fijado mas este pensamiento, diciendo que las penas mas duras á que estamos sujetos, son mas ligeras para nosotros que lo serian las de cualquiera otro, en el caso en que nos obligasen á cambiar con él. Reflexionando en estas dos observaciones, y sentado en mi sillón, me quedé insensiblemente dormido: de repente sueño que Júpiter hacia una convocatoria para que todos los hombres pudieran llevar todos sus males y penas, y echarlas en un gran monton.

Habia una gran esplanada dispuesta para este objeto. Tomé mi puesto en el centro de ella, y vi con qué gran placer marchaba la humana multitud llevando sus cargas, con las cuales formaron inmediatamente una gran montaña, que parecia levantarse mas alta que las nubes.

Ví una señora de forma aérea y sutil, que estaba muy activa en esta solemnidad. Llevaba un cristal de aumento en una mano, y vestia un traje suelto, bordado con varias figuritas de demonios y espectros, que se dejaban ver en mil extravagantes formas cuando su vestido flotaba al viento. Tenia algo de distraido en sus miradas. Su nombre era Fantasía. Conducia á cada mortal al sitio que le estaba señalado, despues de ayudarle cuidadosamente á hacer su lio y habérselo colocado sobre los hombros. Mi corazon se enterneciô al ver á mis semejantes gimiendo bajo sus respectivas cargas, y al considerar el inmenso monton de humanas miserias que tenia delante.

Habia, á la verdad, varios que me hicieron reir, aun con tan triste motivo. Observé uno que llevaba un fardo, cuidadosamente oculto bajo una vieja capa bordada, que al arrojarle en el monton descubrí era de pobreza. Otra, despues de gran número de sollozos, arrojó su lote, que examinado resultó ser viudez. Ví multitud de viejos arrojando sus arrugas, y varios jóvenes despojarse de su tez morena. Habia un gran monton de narices coloradas, labios grandes y dientes ennegrecidos. Es lo cierto que estaba sorprendido al

ver que gran parte de la montaña estaba formada por deformidades corporales. Observé uno que avanzaba hácia el monton con una carga mayor que las comunes, que despues que se acercó ví era una joroba, que depositó con gran alegría de corazon, entre las demás miserias humanas. Habia igualmente males de todos géneros; si bien observé que mas eran los imaginarios, que los reales. No pude menos de hacerme cargo de un pequeño paquete, en el cual estaban todas las enfermedades que de ordinario sufre la humanidad, y que se encontraba en manos de muchas personas llamadas regulares: era de fastidio. Pero lo que mas me sorprendió de todo, fue notar que no habia ni un vicio, ni una locura en el comun monton; y mi asombro creció de punto, cuando hube de concluir que nadie habia aprovechado esta ocasion para desembarazarse de sus pasiones, flaquezas y preocupaciones.

Tomé acta especialmente de un disipado prójimo, el cual no pensó en venir cargado con sus crímenes, pero registrando un lio pude hallar que, en vez arrojar sus culpas, deseaba solo dejar su memoria; iba seguido por otro que no servia para nada, y dejaba su modestia en vez de su ignorancia.

Cuando toda la humana multitud hubo dejado sus cargas, el fantasma que habia estado tan ocupado con este motivo, viéndome espectador ocioso de todo aquello, se me acercó. Yo estaba desasosegado en su presencia, cuando de repente me puso un espejo delante de mis ojos. En cuanto vi mi cara en él, me sobrecogió ver cuán corta era, tanto que me parecia este defecto de la mayor gravedad. La exajerada anchura de mis facciones, me ponía de mal humor y descontento con mi figura, por lo que la arrojé de mí como una careta. Aconteció por fortuna, que uno de los que estaban á mi lado habia precisamente arrojado su cara porque le parecia demasiado larga para él: era en efecto de una desmesurada longitud; sin exageracion, creo que su barba era tan larga como toda mi cara. Teníamos una oportunidad para arreglar nuestras caras, pues todos los males y defectos estando juntos, cada hombre estaba en libertad de cambiar sus desgracias con las de otro.

Sentí inefable placer creyendo á la humanidad libre de sus penas; pues como estábamos al rededor del monton, y veíamos los diversos materiales de que estaba formado, apenas habia un mortal en esta inmensa multitud que no descubriese algo con lo cual le sería agradable la vida, y no estrañase cómo sus dueños habian podido mirarlo como una carga ó una pena.

Cuando estábamos mirando mas atentamente esta confusion de miserias, este caos de calamidades, Júpiter dió un segundo decreto,

diciendo que todos y cada uno estaban en libertad de cambiar sus aflicciones, y volver á su morada con la carga que hubiese preferido.

Despues de esto, la *Fantasia* comenzó de nuevo á moverse, y á repartir todo el monton con increíble actividad, recomendando á cada uno su propia carga. La confusion y precipitacion de estos momentos no es para dicha. Deseo publicar algunas observaciones hechas en esta ocasion. Un venerable anciano, que habia dejado un cólico, y que necesitaba un heredero para sus estados, recogió de pronto un hijo desobediente, que habia sido arrojado en el monton por su irritado padre. El pervertido joven, en menos de un cuarto de hora tiró al anciano caballero de la barba, y poco le faltó para saltarle los sesos de un golpazo; al mismo tiempo el verdadero padre, viniendo hácia él con insufribles retortijones, queria tomar de nuevo su hijo y dar en cambio el cólico; pero era ya imposible á ninguno de ellos volver á cambiar lo que habian escogido. Un pobre galeote que habia arrojado las cadenas, tomó en su lugar un padecimiento de gota; pero hacia tales gestos, que facilmente se comprendia que no habia ganado gran cosa en el cambio. Era entretenido ver los raros cambios que se habian hecho; enfermedad contra pobreza, hambre por falta de apetito, y zozobra contra pan.

Las mujeres andaban muy ocupadas entre ellas cambiando sus facciones. Una habia dado unos rizos de canas por un carbunco; otra habia cedido una gruesa cintura por unos hombros mal formados; pero en todos estos casos, no habia ninguna que no encontrase alguna falta mas grave que la antigua, tan pronto como poseia la nueva adquisicion.

Hice la misma observacion con todas las otras desgracias y calamidades que llevaba cada uno de la reunion en vez de las que habia dejado: yo no pude decidir, si esto consiste en que los males que nos acontecen son proporcionados á nuestras fuerzas, ó estamos ya acostumbrados á ellos y nos son por eso mas soportables.

No pude menos de compadecer de todo corazon al pobre jorobado mencionado antes, que se marchaba con una buena figura, pero con un mal de piedra; así como el elegante joven que habia cambiado con él, que al pasar delante de las señoras se le quedaban mirando la espalda, que levantaba mas que su cabeza.

No puedo omitir mi aventura. Mi amigo el de la cara larga, tan pronto como le vi con la mia corta, hacia tan grotesca figura, que al mirarle no pude menos de reirme, de lo enojado que estaba con mi rostro.

El pobre hombre era tan sensible al ridículo, que estaba avergonzado de verse así; por otra parte, que yo no tenía gran motivo para creerme ganancioso, porque queriendo tocarme la frente no acerté, y puse los dedos en el labio superior. Además, como mi nariz era escesivamente prominente, me di dos ó tres golpes desgraciados creyendo que llevaba la mano á otra parte de la cara. Ví otros dos caballeros que se encontraban en las mismas ridículas circunstancias: habian hecho un cambio absurdo; dos piernas gruesas y estevadas, por dos canillas largas y sin señal de pantorrilla. Uno de ellos parecia que se paseaba en zancos, y se encontraba tan por encima de su altura ordinaria, que se le iba la cabeza, mientras que el otro hacia tales eses al andar, que apenas se comprendia que pudiera avanzar algo con sus nuevas piernas. Viendo que tenia buen humor clavé mi baston en el suelo, y le dije: os apuesto una botella de vino á que no marchais un cuarto de hora en la línea recta trazada desde él.

Todo el monton estaba distribuido entre ambos sexos, que se presentaban á la vista en el estado mas lastimoso, conforme iban marchando bajo el peso de sus respectivas cargas. En todo el llano se oian murmullos y quejas, disgusto y lamentaciones. Júpiter por último, teniendo lástima de los pobres mortales, dió un segundo plazo para que dejasen sus lotes, con intencion de volver á dar á cada uno el suyo. Todos los dejaron con el mayor placer; despues de lo cual ordenó que se retirase el fantasma que tan completamente les habia engañado. Hizo venir en su lugar una diosa de figura completamente distinta; sus movimientos eran pausados y su aire grave pero placentero. De cuando en cuando volvia sus ojos al cielo y los fijaba en Júpiter; se llamaba *Paciencia*. Apenas se habia sentado, cuando ya el monte de las miserias parecia que se habia reducido á una tercera parte de su primitivo tamaño. Despues fué distribuyendo á cada hombre su propia desgracia, enseñándole cómo la habia de llevar del modo menos incómodo. Todos marchaban consolados, aviniéndose mejor con su propio lote que con aquel que habian escogido.

Además de las diversas consecuencias morales que pueden sacarse de esta vision; aprendí con ella, á no murmurar por mis desgracias ni á envidiar las dichas de otro, puesto que es imposible formar recto juicio acerca de los sufrimientos de nuestros semejantes; por cuya razon he determinado no juzgar ligeramente las penas ajenas, sino mirar los dolores de mis semejantes con sentimientos humanos y compasivos.

Addison.